

Robert Nozick, *Philosophical Explanations*, Cambridge, Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University Press, 1981; 764 pp.

Las cuestiones acerca del sentido de la vida, la objetividad de la ética, el libre albedrío, la identidad personal y el conocimiento surgen para el autor de una pregunta fundamental: ¿cómo es que somos valiosos y dignos de estima? Nozick confiesa que quiere probar que lo somos, aunque está dispuesto a seguir a la razón filosófica, dondequiera que ella lo conduzca.

Muchos problemas filosóficos consisten en entender cómo algo puede ser *posible*. El filósofo busca una teoría que explique el fenómeno y nos conduzca a una comprensión del mismo. El objetivo principal de la filosofía no es ofrecer pruebas, esto es, transmitir de manera forzosa la convicción de las premisas a la conclusión; es más bien explicar, introducir hipótesis que permitan deducir lo que se quiere explicar, dándole así mayor fuerza a la hipótesis. Espero —dice Nozick al concluir la introducción— que las explicaciones que propongo sean vistas como iluminantes y dignas de ser consideradas e incluso superadas.

En la parte intitulada “Metafísica” hay dos apartados, el relativo a la identidad del yo y el relativo al problema: ¿por qué es que existe algo y no más bien nada?

Respecto a esto último, ofrece un buen ejemplo de una explicación iluminante y digna de considerarse. La pregunta tiene un presupuesto: que la disyunción —existente o no existente— es exhaustiva. Así, por ejemplo, la disyuntiva “todo tiene color o no lo tiene”, supone que los términos se aplican a objetos físicos. El número 5 no es coloreado, ni incoloro. Es imaginable entonces que más allá del dominio de posibilidades —existente-inexistente— haya algo a lo que no se apliquen estos términos. Nozick considera varias hipótesis al respecto y muestra que es posible. Eso que está fuera del dominio de lo existente y lo inexistente podría ser experimentado ostensivamente, aunque no pudiera expresarse. Estas serían precisamente las experiencias místicas. Frente a ellas, nos dice, son típicos dos enfoques alternativos: primero, descartarlas, explicando por qué ocurren, sin aceptar sus pretensiones. Segundo, considerar que revelan una realidad que es tal y como se le experimenta. Críticamente analiza el autor ambas posiciones sin decidirse por ninguna, pero tomándolas muy seriamente, con lo cual contribuye en gran medida a la comprensión filosófica de la cuestión. Este tratamiento contrasta marcadamente con otros muy superficiales que han hecho filósofos analíticos acerca de las experiencias místicas, por ejemplo, el de Alfred Ayer en *The Central Questions of Philosophy*.

La tercera parte de la obra, intitulada "Valor", empieza con un capítulo dedicado al libre albedrío. Dentro de su perspectiva general, Nozick se preocupa de la cuestión en la medida en que afecta el valor y la dignidad humanas. La tesis determinista que nos presenta como juguetes de fuerzas externas nos empequeñece y devalúa. No basta, por otra parte, negar el determinismo causal de nuestras acciones. Si actuásemos al azar, como partículas subatómicas radioactivas, esto no nos haría más valiosos. La pregunta es, entonces: ¿cómo es posible el libre albedrío?

Cuando decidimos entre la acción A y la acción B, ponderamos las razones en pro de una y otra. Nuestra acción estará causada por la aceptación de unas u otras razones:  $R_A$  o  $R_B$ . La cuestión es si habiendo hecho una acción, por ejemplo, A, hubiéramos podido decidir de otro modo. La tesis de la libertad consiste en aceptar la causalidad de nuestra acción, negando la *determinación* causal; esto es, negamos la tesis metafísica de que hay una ley universal bajo la cual se subsume nuestra decisión.  $R_A$  causan A pero hubiéramos podido dar más peso a  $R_B$  y hacer B.

En las páginas siguientes se ofrece una explicación que permite comprender las decisiones libres. Una pieza central en el argumento es que la decisión de conceder pesos a las diversas razones se refiere y aplica a sí misma (*self-subsuming*): los pesos que otorga determinan principios generales que prescriben no sólo el acto en cuestión, sino el otorgamiento de esos pesos (o similares). Esta decisión se basa, pues, en una concepción de mí mismo y de la vida que se escogen en ese momento y que incluyen el otorgamiento de dichos pesos a las razones en pugna.

En otro apartado se pregunta Nozick en qué medida el determinismo causal nos despoja de valor. Lo que no permite es un tipo específico de valor: el valor originativo, algo nuevo que no estaba en el mundo. El ser humano puede originar valores que no surgen de un proceso causal predeterminado.

Otra idea muy interesante es la de los actos que rastrean lo mejor (*track bestness*). Para entenderla conviene decir algo sobre la parte de epistemología que no se aborda en esta reseña. De manera muy resumida diremos que, al distinguir creencia verdadera de conocimiento, Nozick introduce la noción de la creencia que rastrea la verdad. A las condiciones tradicionales

- (1)  $p$  es verdadera
- (2) S cree que  $p$

añade los subjuntivos:

- (3) Si  $p$  no fuese verdadera, S no creería que  $p$

- (4) Si  $p$  fuese verdadera, S creería que  $p$

Cuando (3) y (4) son válidas, la creencia de S *rastrea* la verdad de  $p$  y constituye conocimiento.

De igual manera, las acciones que originan valor y no están causalmente determinadas son las que se conectan con el valor mediante esta relación de rastrear lo óptimo. Una acción A del sujeto S rastrea lo mejor cuando:

- (1) A es la mejor acción;
- (2) S hace A intencionalmente;
- (3) Si A no fuera tan buena como cualquier otra acción que pudiera hacer, S no la haría intencionalmente;
- (4) Si A fuera mejor que cualquier otra acción que pudiera hacer, S la haría intencionalmente.

Estas acciones originarían valor y su conexión con éste no será accidental. Este proceso de rastrear lo óptimo es el objetivo al que queremos que se dirija todo proceso del libre albedrío.

El autor examina posibles objeciones a su explicación: el reduccionismo neurofisiológico, la sociobiología y, más adelante, la tesis que niega la existencia de verdades éticas objetivas. Como en toda la obra, no trata tanto de probar que son tesis falsas, sino más bien explica como es posible la tesis contraria.

El capítulo v se intitula “Fundamentos de la ética” y comprende seis apartados. Veamos los más interesantes. Según Nozick la tarea de la teoría ética demarcará dos ámbitos: lo que los valores me exigen para los demás (*ethical pull*) y lo que debe emerger de mí (*ethical push*), y estudiará sus relaciones.

El segundo —el empujón ético— comprende lo que la moral significa para mí. ¿Qué me da el ser moral? El punto de vista platónico es que la moralidad y el interés propio están en armonía. Al ser inmorales no promovemos nuestro interés propio. Si hay algo que es intrínsecamente valioso es la “unidad en la diversidad”, la unidad orgánica. Nuevamente la idea platónica de que la mejor persona es aquella cuya alma está jerárquica y correctamente ordenada. El autor analiza y defiende cuidadosamente la idea de la unidad orgánica como dimensión básica del valor.

El jalón ético es la exigencia moral que nos pueden hacer los demás en virtud de lo que son. ¿Cuál es la característica del ser humano por la cual se le debe tratar de cierta forma? Los candidatos conocidos son: el ser racional, el ser un agente, el poder sentir, el tener conciencia. Nozick señala el “ser un yo”, esto es, el tener ese modo

especial de autoconciencia reflexiva que sólo un yo puede tener. Precisamente por ello es que tenemos un alto grado de unidad orgánica. Además de ser un yo, este ser tiene que buscar valores y guiar su conducta por ellos. Estas dos características juntas fundamentan la exigencia moral. A partir de ellas deriva Nozick un principio de corte kantiano: "Trata a todo aquél que sea un yo que busca valores como a un yo que busca valores." En las páginas siguientes le da contenido a este principio mostrando qué es tratar a alguien como a un yo que busca valores.

Los últimos apartados se ocupan de la dicotomía hecho-valor y de las bases del valor. Respecto a lo primero, se apuntan tres posibilidades para evitar el famoso dualismo insalvable: (1) los valores entran en la definición misma de lo que es un hecho; (2) los valores entran en el proceso de conocimiento de los hechos: sin presuponerlos no podemos determinar el reino de lo fáctico; (3) los valores se entresacan del ámbito de lo indiferenciado y no conceptualizado mediante los mismos procesos y principios con que entresacamos los hechos. De éstas, Nozick explora sobre todo la última.

¿Qué sucede entonces con las verdades morales? Éstas no pueden explicarse en términos de verdades no-morales y forman un ámbito autónomo. Se trata, pues, de descubrir y delinear estas verdades fundamentales. Más aún, esperamos encontrar principios fundamentales suficientemente profundos. En esta búsqueda el autor cree que la clave está en lo que llama la estructuración kantiana: estructuramos el mundo de manera tal que dichos principios resultan verdaderos. Las verdades morales básicas no serían entonces ni objetivas ni subjetivas, ya que no serían totalmente independientes de nosotros, pero tampoco dependerían de cosas personales y variables como las preferencias. El punto de partida de esta estructuración lo ve Nozick en lo inescapable de ser un yo, y aunque no la lleva a cabo, indica cómo podría hacerse tal estructuración.

Frente a los valores es posible tener cinco actitudes, escribe el autor al buscar su fundamento: (1) *nihilismo*: no hay valores, ni enunciados de deber verdaderos; (2) *realismo* o *platonismo*: los valores existen y su carácter es independiente de nuestras elecciones y actitudes; (3) *idealismo* o *creacionismo*: aunque los valores existen, su existencia y carácter dependen de nosotros; (4) *romanticismo*: los valores existen con independencia de nosotros, pero de modo incipiente: nosotros les damos su carácter preciso; (5) la posición que él defiende con el nombre de "*realizationism*": nosotros elegimos o determinamos que haya valores, pero su carácter es independiente de nosotros.

Con su acostumbrada metodología, el profesor de Harvard se ocu-

pa de delinear la posibilidad de esta última alternativa, no de probarla ni de refutar las otras.

Un argumento interesante consiste en señalar que el punto de vista que afirma los valores es mejor que el que los niega. Este último puede pretender ser verdadero, pero no puede, de modo consistente, afirmar que es mejor que sea verdadero, ni siquiera que es mejor creer la verdad.

La parte medular de la tesis es la reflexividad de la decisión que escoge el que haya valores, ya que se escoge en virtud de una propiedad que surge precisamente mediante el acto mismo de escoger. Como analogía iluminante de este proceso se menciona el caso de los *placebos*. La persona que lo ingiere se alivia del dolor porque la creencia le hace producir sustancias analgésicas. Éstas se producen en virtud de una creencia reflexiva: la creencia de que esta creencia las producirá.

Aun con todo esto, Nozick admite que la cuestión ontológica queda de lado. ¿Existen los valores? Él sólo describe cómo sería un mundo en que escogiéramos que los hubiera. Su solución es curiosa: "si los valores son posibles, entonces existen". Todo lo que necesitamos es vivir en un mundo en el que sean posibles y en el cual escojamos que existan. Esta decisión afecta aun a aquéllos que escojan que no haya valores. Además, cree Nozick, las motivaciones envidiosas de aquéllos hablarían a favor de que viven en el mismo mundo nuestro, poblado de valores. En dicho mundo habría lugar para la creatividad moral y, al sopesar y balancear valores, cada quien podría ir construyendo su propia vida como una unidad orgánica.

Sin embargo, el llevar una vida moral y valiosa (así como la comprensión filosófica de estas nociones) depende del sentido de la vida. A menos que mostremos que nuestra existencia tiene algún sentido, todo parecerá absurdo. De ahí que el último capítulo se intitule "Filosofía y el sentido de la vida".

Como buen filósofo analítico, Nozick enlista ocho posibles significados de "significado" y procede a ver cómo se pueden aplicar a la vida o, mejor dicho, a un "plan de vida". Éste es un conjunto coherente de propósitos e intenciones, más o menos sistemático, que especifica los fines de una persona (ordenándolos quizás), la concepción que tiene de sí mismo, etcétera. Pero incluso una vida organizada conforme a un plan transparente y valioso que pueda enseñar algo a los demás, ¿para qué? Vista desde fuera puede ser un algo absurdo, que termina pronto con la muerte, "*full of sound and fury, signifying nothing*".

Una solución podría ser el dejar rastros de nuestro paso por el mundo, como una forma de trascender la muerte, el límite temporal

de la vida. El problema es que no se ve por qué la permanencia y la duración son importantes, aunque hay que explicar por qué lo sentimos así. Conforme al libro que reseñamos, los intentos por encontrarle sentido a la vida son una búsqueda por trascender los límites de una vida individual. La vida más pobre y estrecha sería la de un amnésico permanente en la que nada tuviera conexión, ni unidad. Una vida con sentido debe conectarse con cosas valiosas más allá de ella. Sobre esto se encuentra un párrafo que quisiera transcribir íntegramente: “Los intentos de hallarle sentido a la vida buscan trascender los límites de la vida individual. Entre más estrechos son los límites de una vida, menos sentido tiene . . . Entre las relaciones personales, el amor a otra persona es lo que más nos saca de nuestros propios límites y de nuestros estrechos intereses. En el amor entre adultos, la mutua franqueza y confianza, el dismantelamiento de las defensas y las barreras que hemos construido cuidadosamente para evitar ser lastimados, y el mutuo reconocimiento de esta (mutua) actitud no defensiva, no sólo abren una brecha en algunos límites del ego, sino que los disuelven. Dicha actitud no defensiva es riesgosa, pero el no hallarse plenamente abierto al crecimiento hace, por esto, que la relación misma sea un límite, más que una manera de trascender los límites, mientras que el conservar, como garantía, alguna armadura constituye aun otro límite.”

Una solución sería lo ilimitado, que todo lo abarca e incluye; que todo lo trasciende (incluso la dicotomía existente-no existente). Esto pondría punto final a la búsqueda del sentido de la vida, más que por el sentido que el mismo tendría, por trascender la categoría misma de sentido. Suponiendo que existe tal entidad, ella pondría punto final a la pregunta por el sentido de la vida de dos maneras. Si nos conectamos con ella, esta fuente de sentido nos lo daría. Otra manera sería si nosotros mismos, en nuestra naturaleza profunda, fuésemos ilimitados y lo abarcásemos todo. Éstas son respuestas religiosas de dos tradiciones: Dios y el Brahman del Vedanta, pero aun siendo iluminantes conducen al problema de saber si tiene sentido hablar de esta entidad. Habría que evaluar las experiencias místicas y, como vimos, es una tarea intrincada.

Para el filósofo norteamericano el sentido de la vida está en conectarla con lo valioso, en trascender nuestros límites, y se mide por el grado de unidad orgánica que alcanza nuestra vida.

Aquí, como en muchas partes de la obra, se encuentran argumentos ingeniosos e ideas novedosas y fructíferas. En ella se pretende, además, inaugurar una nueva manera de hacer filosofía (y así lo dice el elogioso comentario de G. Harman en la contraportada). Esto parece exagerado. El estilo, por otra parte, es en ocasiones com-

plicado y pedante. Junto a largas citas de mecánica cuántica abundan las referencias a la filosofía hindú y al misticismo judío. Todo ello le da a este enorme volumen una pesadez extra. No obstante, creo que nadie dejará de enriquecer su perspectiva filosófica con la lectura del último libro de Nozick.

JAVIER ESQUIVEL

L. Wittgenstein, *Culture and Value*. Editado por G. H. Von Wright y traducido por Peter Winch. Chicago: University of Chicago Press, 1980; 94 pp. [Traducción al español de Elsa C. Frost: *Observaciones*. México: Siglo XXI, 1981.]

Estas son las *Vermischte Bemerkungen* publicadas por vez primera en 1977. Von Wright las seleccionó de los manuscritos de Wittgenstein. Algunas de ellas aparecieron antes —a veces en forma diferente— en las biografías, cursos o notas que han venido publicando sus discípulos. Sin embargo, nada iguala esta presentación continua de los pensamientos de Wittgenstein, contundentes y sencillos, lapidarios e íntimos, que van desde las alturas de la teología hasta los sentimientos particulares y ordinarios expresados con un estilo que embriaga por su total libertad, dejando al lector que se expanda y se atreva a pensar más allá del atrevimiento.

No sabría cómo recomendar este tesoro de la cultura, que seguramente es una parte del *Libro de la vida*. Aquí el lector verá desfilar —entre otros— a Hitler y a Bach, lo inglés y el psicoanálisis, la predestinación y la lógica, la bomba atómica y la fiesta de toros, el orgullo y lo judío, la malicia y, desde luego, la filosofía. Me restringiré principalmente a esta última y dejaré que sea él quien se exprese.

Antes, sin embargo, debo decir una palabra acerca del sentido de toda la obra de Wittgenstein, obra de la que el texto aquí comentado representa una parte. Los pensamientos que se han recogido van —con una excepción— del año de 1929 a 1951 (año de su muerte). En este periodo Wittgenstein sometió a crítica sus pensamientos anteriores, presentados principalmente en el *Tractatus Logico-Philosophicus*. Este libro culmina, en cierta forma, una fuerte tradición del pensamiento occidental.

Después de escribir el *Tractatus*, Wittgenstein alcanzó, cada vez más, el estado de sabiduría y comenzó una larga tarea de desmantelar el conjunto de supuestos, creencias, actitudes que los filósofos del occidente —particularmente los alemanes— ensamblan ingenio-